

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES (1811-1863).

DEL INDIVIDUALISMO Y DEL SOCIALISMO EN LA HISTORIA.

I

Señores: Al exponer mis creencias en la explicación anterior, no abundaba de tal manera en mi propio sentido, ni me dejaba dominar por un dogmatismo tan absoluto, que desconociera los peligros que hay también en mi tendencia filosófica, y que se pueden sacar consecuencias duras, atroces y tiránicas de algunos de los principios asentados en las consideraciones preliminares. Ahí están para atestiguarlo la historia de la humanidad, y la filosofía.

La ley de la asociación, considerada como condición ingénita y necesaria de la sociedad misma, no siempre fue comprendida de una manera tan lata y generosa, que quedara a salvo la espontaneidad de la personalidad humana. Si los filósofos de los últimos siglos sacrificaron a un individualismo estrecho las obligaciones y los principios sociales, los socialistas antiguos -más distantes todavía de aquel equilibrio, que es para nosotros la civilización-, habían suprimido la individualidad humana dentro del orden social, como en su moral religiosa sometieron el libre albedrío a una fatalidad inexorable. Y digo, Señores, los *socialistas* antiguos, en el sentido filosófico que he dado antes de ahora a esta calificación; porque no hay duda de que en éste, como en otros principios primitivos y fundamentales, sin los que la humanidad no hubiera podido desarrollarse en los primeros tiempos, parece que su conocimiento, su instinto, o su revelación, se encuentra más puro y más absoluto, a medida que nos remontamos a edades más remotas.

Señores, es verdad: los pueblos antiguos fueron absoluta, exagerada y eminentemente socialistas. Todo lo consideraban, todo lo hacían, todo lo juzgaban desde el punto de vista de su asociación de raza, de tribu o de ciudad. En aquellos pueblos nunca tiene representación el individuo: hasta las individualidades históricas o poéticas son generalmente mitos o emblemas, que representan un pueblo. LA PATRIA, República o Imperio; democracia u oligarquía; teocracia o dictadura militar, es el fin y el principio de todo. Todo es por ella, de ella y para ella: el hombre no es nada; y bajo cualquiera forma, aunque sea la más popular, que sus instituciones políticas se manifiesten, nunca leeréis escrita en ellas la palabra *derechos* en plural. Ni la palabra existe, Señores. La que a la nuestra corresponde, tiene a veces un sentido enteramente contrario. El *ius* latino, ya lo veis, no es lo que ahora entendemos por derecho; es *iussum*, lo mandado, lo que se debe obedecer: es el precepto, la ley, la obligación. La idea cohesiva y absorbente de la unidad, de la fuerza y de la omnipotencia social, es el principio que predomina en el carácter de las gentes antiguas; en su establecimiento material, en sus legislaciones, en sus conquistas, en sus costumbres.

Nunca se ocurrió a los filósofos de aquellas épocas disputar sobre si la sociedad o el poder podía imponer la pena de muerte, de confiscación, o de destierro por la infracción de las leyes religiosas o sociales. La persona, la vida del ciudadano inocente o culpable, eran en tal manera del Estado, que Atenas condenaba al ostracismo al más justo de sus hijos, en nombre del bien de la Patria, contando hasta con su propio voto, sin que se le ocurriera ni al pueblo un escrúpulo, ni a la víctima una protesta. Sócrates fue condenado a la última pena, por haber propalado doctrinas, que tendían a debilitar los antiguos vínculos sociales; y la Historia, atentamente examinada, está muy lejos de presentarnos a Anito y Melito como a dos perversos; sino más bien como a ciudadanos probos, severos, respetados y celosos del buen orden y de la conservación de la república.

El nombre de Sócrates, Señores, trae a la memoria el de Platón, a quien se ha llamado el *primero de los socialistas*, y en cuya ideal república, de tal manera ejerce la sociedad su omnímoda compresión sobre el individuo, que desaparece enteramente toda personalidad, toda libertad, toda garantía. Ciertamente es así: yo no lo puedo desconocer. Por el contrario, me cumple consignarlo; pero también me cumple hacer observar que en esta manera de discurrir, Platón estaba muy lejos de ser innovador, y no hacía otra cosa que sistematizar los principios, que entonces prevalecían, llevándolos hasta sus últimas consecuencias.

No hay, es cierto, individualidad alguna en la república de Platón; pero no puede decirse propiamente que desaparece en su obra y en su doctrina un principio, que entonces no se encontraba en parte alguna aplicado, ni era por nadie comprendido. Tan socialista como su organización aristocrática, era la demagogia de Atenas; tan comunista, tan tiránica, tan opresiva, tan monacal, Señores, era la triste oligarquía de Esparta. La utopía de Platón no estaba en tanto desacuerdo, como ahora nos parece, de las ideas dominantes en aquella época. Era una combinación más o menos extraña de los principios entonces admitidos, de las doctrinas entonces profesadas, y -si se me permite un símil de actualidad- era como la Constitución de Sièyes respecto a las instituciones constitucionales de nuestros días.

Algunos -es verdad-, han creído ver en el despotismo socialista del discípulo de Sócrates una tendencia reaccionaria, que había inspirado en su alma el espectáculo acerbo de la muerte de su Maestro. Nosotros debemos observar, Señores, que tan arraigada estaba en los espíritus la idea del poder social, que ni aun un exceso tan grande de tiranía fue bastante para despertar en el alma de Platón un sentimiento, que se pareciera a la protesta individual de una víctima contra el crimen, contra la injusticia de aquel poder social, ante cuya inflexibilidad nada era una existencia consagrada a la virtud y a la verdad. Porque hay que advertir, Señores, que el suplicio de Sócrates no había sido un arrebató demagógico, ni un hecho revolucionario; el revolucionario, el reformador era él; y los que le hicieron morir con todo el aparato de la justicia, y con todas las formas de la legalidad, eran los *conservadores*, los que ahora llamaríamos partidarios del antiguo régimen.

La verdad histórica es que el socialismo despótico de Platón era, en su creencia, el mismo sistema y principio político en que había vivido y respirado toda su vida; era el comunismo monástico de Lacedemonia; era el absolutismo democrático de Atenas; era,

en fin, aquella autocracia de la soberanía colectiva, que no reconociendo ningún derecho ni garantía, obligaba a las más ilustres y excelsas celebridades a buscar voluntariamente la muerte o el destierro, cuando se habían puesto en lucha con su opinión, o cuando estaban en desgracia de su favor; aquella libertad eminentemente social, que consistía en el despotismo de todos, y en la seguridad de ninguno.

La libertad individual, Señores, ni como institución, ni como palabra, ni como idea es conocida en las repúblicas antiguas; así como tampoco lo había sido en las anteriores y diversas organizaciones políticas de pueblos todavía más remotos.

II

En la civilización latina, etrusca o romana, encontramos el mismo carácter, la misma creencia, el mismo dogma fundamental. La libertad de Roma -harto lo sabéis, Señores-, no era otra cosa que la soberanía de la aristocracia. Las que mal pudieran llamarse inmunidades de sus ciudadanos, no son más que prerrogativas políticas. El respeto y consideración a su persona es algo que se parece a la inviolabilidad de los Reyes modernos: no el reconocimiento de un derecho, que se funde en la naturaleza y en la dignidad del hombre; es un homenaje de respeto tributado a la participación del poder social, a la inviolable majestad de la República.

Si es verdad que al ciudadano condenado a muerte se le dejó en Roma -como antes en algunas repúblicas griegas-, el tiempo y opción de evitar el suplicio con el destierro, esto es una prueba más, una demostración irrefragable, cuando otra no hubiera, de que la pena era allí una medida puramente política, y que el castigo no llevaba consigo ninguno de los fines morales, que se propone la ley en el escarmiento de la perversidad humana.

Vosotros sabéis todo lo que eran la moralidad, la virtud y el patriotismo del individuo en los antiguos tiempos: sabéis que su existencia, su nombre, su gloria eran del Estado. Y su propiedad también, Señores; porque todos conocéis cuán largo tiempo transcurrió, hasta que la disposición de la herencia por última voluntad pasase a ser de derecho civil y privado, desde la época en que el testamento era una ley solemne de la República, como ahora podría serlo una cesión del territorio.

Tan imbuido estaba entonces en la opinión el principio de que todo derecho emanaba de la sociedad, que las concesiones obtenidas por la plebe, en sus querellas con la aristocracia dominadora, jamás tuvieron el propósito, ni revistieron el carácter de franquicias personales. Fueron privilegios de clase; fueron derechos colectivos; fueron el ensanche de la soberanía política; fueron la participación en el poder público y en los ritos religiosos. La idea del tribuno era todavía eminentemente socialista; era la garantía política de un poder del Estado; era la oposición colectiva, consagrada en una magistratura. El principio absorbente de la omnipotencia social, debía sufrir aún muchas modificaciones, y pasar por muchas vicisitudes antes de llegar a la inviolabilidad personal, a la oposición por derecho propio.

Esta idea, Señores, ni los Gracos mismos la concibieron. Acaso César la comprendió mejor; pero la época de César raya en los fines de la antigüedad. Con las ideas de César que, pareciendo avasallar a Roma, aspiraba a la emancipación del mundo, se inauguran los tiempos modernos; y no en vano, Señores, los pueblos de la tierra empezaron a contar de nuevo sus días desde la ERA, que señalaba la reforma del hombre más grande que habían visto los tiempos.

En efecto, Señores; el primitivo absolutismo del principio social desaparece con la antigua República. Cuando la palabra HUMANIDAD empieza a tener una significación en el mundo político, la individualidad humana inicia su representación poderosa en el mundo moral. En los campos de Farsalia y de Munda lo que pereció fue el socialismo antiguo; la libertad individual había de nacer bajo la tiranía del Imperio. ¡Extraño espectáculo, Señores; pero con frecuencia repetido en la Historia! Siempre se dan fenómenos de esta clase, en la sucesiva y encadenada metamorfosis de los acontecimientos humanos: así acontece con todo en este mundo de contrastes y reacciones. Hasta las mieses y las flores, que visten los campos en Junio, germinan y brotan bajo las nieves de Febrero. ¿Quién sabe si el despotismo, que tan hundido en la tumba nos parece, está resucitando ahora!

Mas ¿por qué se desarrolló, en tan extrañas circunstancias, la individualidad humana? La razón la hemos dado en las explicaciones antecedentes, al asentar que la asociación necesita la unidad y predominio de un sentimiento moral. En la República romana, lo era el patriotismo, la nacionalidad. Cuando el Imperio dejó de ser Nación, no fue posible que prevaleciera ninguno de aquellos sentimientos poderosos. En aquella agregación violenta de nacionalidades no había Patria. La fraternidad de culto no existía en una religión que no era doctrina, ni sentimiento. Bien pronto no hubo siquiera ni la mancomunidad de la propia defensa, puestas en lucha tantas naciones y tantas razas. Hubo sólo la uniformidad de una legislación sostenida por la fuerza; la fuerza, Señores, que sería el más disolvente de los principios, si no fuera el más efímero de los hechos.

Bajo la tiranía sin nombre, que nació de la acumulación de las funciones de Cónsul con las de Tribuno, no bastó que hubiera súbditos para que hubiera asociados. En aquel dilatadísimo campo de cultos, de gentes, de doctrinas y de tendencias, faltó el hombre de vínculos morales; hubo de concentrarse poderosamente sobre su absoluta y aislada personalidad. Y una vez colocado el espíritu humano en el primer declive de esta pendiente, todas las circunstancias contribuyeron a acelerar los progresos del inevitable descenso.

La filosofía epicúrea -compañera inseparable de la opresión y del indiferentismo político-, limitando entonces la existencia al círculo de los goces sensuales y de los intereses positivos, no fue individualismo siquiera; era egoísmo puro. Es verdad que también floreció por aquellos tiempos la filosofía estoica. ¿Y qué, Señores?... El estoicismo, que divinizó el orgullo, llegaba por la adoración propia, a los mismos resultados sociales que el epicureísmo. El estoico era un epicúreo espiritual; era un fanático del egoísmo; era, como los discípulos de la escuela hegeliana, un adorador de su misma Divinidad, que se inmolvaba por ella en desprecio de Dios y de sus semejantes.

¡Y algunos han querido comparar la doctrina estoica con la moral cristiana! ¡Sacrílega comparación, Señores! La doctrina de Cristo colocó el suicidio en el número de los crímenes capitales; y esta diferencia sola abre un abismo entre las dos creencias.

Mientras que esto pasaba en la raza latina, los pueblos septentrionales traían de sus regiones aquel sentimiento de independencia personal, de aislamiento y de suficiencia, que había de modificar de una manera tan esencial el espíritu de las naciones formadas de la familia germánica y escandinava. Y de parte de los pueblos subyugados, cuando la grande invasión se consumó, cuando la tiranía de aquellos emperadores sin legitimidad y sin grandeza llegó a sus últimos extremos, las inmensas desgracias, las calamidades horribles que vieron los hombres, y que experimentaron los pueblos, acabaron de introducir en los ánimos aquel profundo y desconsolador egoísmo, que acompaña siempre, o que sigue irremisiblemente a los infortunios sin remedio ni esperanza.

III

Pero ¿y el cristianismo? -me diréis-. Permitidme, Señores, que no tome en cuenta por ahora para mi propósito la influencia y la predicación cristiana. De ella habré de tratar deliberadamente, a su tiempo. Cuando estoy hablando de los sentimientos e instituciones de los hombres, no me cumple dar cabida a una doctrina, que no tiene contacto ni filiación con ningún sistema humano; que no es principio ni continuación de nada, sino el complemento de todo. La ciencia blasfemaría, si sólo contara a Jesucristo entre los filósofos.

El hombre, Señores, que estudia la filosofía y la historia, tiene que anonadarse confundido, y postrarse deslumbrado delante del Evangelio, como San Pablo en el camino de Damasco. Jesucristo es al pie de la letra lo que dice San Juan: EL VERBO DE DIOS, QUE SE HIZO HOMBRE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. El cristianismo es la divina alianza entre la idea más dilatadamente social -y aun por eso se llama *católica*-, y el reconocimiento más santo de la dignidad humana. Y la Iglesia, esa sociedad que comprende a todos los pueblos en el espacio, a todas las generaciones en el tiempo, y a todas las almas en la eternidad, es un ideal de tan formidable grandeza, y de tan sorprendente sublimidad, que ninguna inteligencia humana hubiera podido concebir este pensamiento. Él solo basta para probar una revelación divina.

Pero la Iglesia, que debía asimilarse el mundo para comprenderle en un destino que está fuera de los alcances de toda humana institución, la Iglesia no era el Estado en política, aunque pudiera aspirar a ser la sociedad. Por la pretensión de ser poder coercitivo y gobierno temporal, vemos acaso retroceder alguna vez o extraviarse de su camino el majestuoso progreso del cristianismo.

La Iglesia como sociedad, y el cristiano como individuo, son el ideal social y el tipo de la perfección humana. Así la Iglesia y el cristiano hicieron portentos, desconocidos antes en los anales del hombre y en la historia de las naciones. Una y otro aparecen como un modelo de perfección, que quiso ofrecer el cielo a la contemplación de los ojos humanos, para mostrar al mundo todo lo que puede llegar a ser; al hombre, todo a lo que puede

elevarse. Pero ni el cristiano era el hombre político, ni la Iglesia era el Imperio. Los designios de Dios no estaban todavía cumplidos; y para la obra anunciada por el Divino fundador del cristianismo, ni cuatro ni diez siglos podían ser una preparación suficiente. Cuando la Iglesia se formaba, el Imperio se disolvía; y en tanto que se echaban los cimientos de aquel edificio eterno, que podrá ser algún día el reino de Dios sobre la tierra, las constituciones humanas desaparecían en la ausencia de todo poder temporal verdaderamente socialista y unitario.

Por eso no me detendré, Señores, en pintaros la sociedad de la Edad media. Todos la conocéis. Es el período del individualismo en la grandeza de la barbarie. En los tiempos antiguos las sociedades eran colosos: los individuos, pigmeos: en los tiempos bárbaros los pueblos son miserables, impotentes, repugnantes; las individualidades, magníficas y grandiosas. Hoy llamamos Europa a lo que hasta el siglo decimoquinto no aparece casi nunca con un nombre colectivo. La Europa no existía. Fuera de la unidad de creencia, no se ve entonces en el Occidente más que una fermentación anárquica de intereses, de pasiones, de tendencias y de instituciones, todas marcadas con el sello de la individualidad. Las naciones no tienen poder ni gobierno: las nacionalidades no tienen todavía suelo ni Patria. Los godos se llaman godos en el Guadalquivir, como se llamaban en el Danubio: los vándalos del Elba conservan su denominación sobre las ruinas de Cartago. Y para que todo sea pulverización y caos, la maravilla de Babel se renueva: el órgano del pensamiento, la palabra de la ley y de la ciencia pierden su significación, y de río a río hablan los hombres distinto idioma, como de monte a monte se rigen por distinta ley, y obedecen a diferente señor.

Pero apenas este individualismo amenaza llegar a sus últimas consecuencias, cuando la fuerza vital de los principios, que nunca perece en el mundo, despierta en la Europa el espíritu de asociación, de una manera nueva y desconocida en los tiempos y en las naciones antiguas. En lo antiguo la asociación había nacido con cada pueblo. Hubo una época, Señores, en que, confundidos los pueblos, con cada idea nació una sociedad, y el espectáculo de los portentosos hechos, que en medio del general cataclismo, llegó a consumir la unidad de entusiasmo y de pensamiento, no fue perdido para el instinto ni para la inteligencia de los hombres.

Bajo el influjo de una inspiración fanática se había visto a una horda de errantes beduinos fundar un Imperio desde el Éufrates al Ebro. Como en rechazo de este movimiento prodigioso, el fervor de la fe cristiana había lanzado media Europa sobre la Palestina, y rescatado a España de la dominación sarracena. El sentimiento religioso había levantado gigantescas maravillas de arquitectura en tiempos de profundísima ignorancia, y consagrado a Dios prodigios de arte, en medio del atraso de la ciencia; el espíritu profético de una mujer lanzaba a los ingleses del suelo francés, y una aristocracia poderosa había elevado una potencia colosal y una ciudad magnífica en los pantanos del Adriático.

La asociación en torno de una idea moral fue el germen generador de todos los grandes hechos y de todas las instituciones de aquellos tiempos, y la civilización moderna empezó a desarrollarse, fecundada con el calor de este nuevo socialismo. La civilización antigua

había reconcentrado y absorbido todas las pasiones y facultades del hombre en una sola sociedad, en la sociedad política: en la época a que nos referimos, para cada necesidad, para cada sentimiento, para cada interés se forma una asociación. La industria se organiza en gremios; el comercio, en compañías; la ciencia, en universidades; la enseñanza, en colegios; la defensa de la religión y del honor, en órdenes de caballería; la beneficencia, en hermandades y cofradías; y hasta la piedad, Señores, hasta el ascetismo, y la penitencia, y la predicación evangélica, y el rescate de los cautivos, y el consuelo y alivio de las humanas dolencias, en órdenes religiosas innumerables. Todo fue societario en aquella Europa, donde al parecer no había quedado sociedad alguna: el mundo antiguo no había alcanzado a ver tan extraordinario fenómeno.

Pero otro fenómeno más extraño todavía se observa en la historia de estos tiempos. La asociación, que tarda más en constituirse y en perfeccionarse; la que encuentra mayores obstáculos; la que tiene que vencer mayores repugnancias, y conciliar más complicados intereses; aquella que resisten más, tanto las asociaciones parciales como las individualidades poderosas, es la sociedad política. Y es que la sociedad política, en su regeneración, ya no podía fundarse en un principio unitario y absorbente, como el patriotismo antiguo; sino que tenía por elementos dos fuerzas y dos principios hostiles, ínterin no se combinaran la idea del poder público y el sentimiento íntimo de la independencia y dignidad individual. De una parte, la idea abstracta de la ley y de la justicia, sujetando a su yugo las individualidades demasiado eminentes y privilegiadas; de la otra, el reconocimiento de la prepotencia personal de los más fuertes, o de los más entendidos, oprimiendo a su vez, por derecho de dominio y de su privada voluntad, a los que en lo antiguo no reconocían más dueño personal que el Estado.

Entre estas pretensiones y tendencias debía entablarse una obstinada lucha, antes de llegar a una difícil concordia. Del recuerdo del antiguo despotismo, que las razas invasoras habían derrocado, quedaba una repugnancia tradicional e instintiva a que un poder político parecido representara las nacionalidades modernas, y a que los intereses creados por la actividad industrial, y por la asociación espontánea, se sujetaran a la fuerza o a la dirección de un poder homogéneo. Por su parte las existencias independientes fundaban su libertad sobre millones de individuos esclavizados parcialmente a esta múltiple tiranía; y las asociaciones parciales, incompletas y aisladas, si reportaban a sus miembros seguridad y beneficio, llegaron a ser en breve, para los extraños, tanto más hostiles, por lo que tenían de exclusión y de privilegio. Hubo en la nueva sociedad, como en la antigua república, patricios y proletarios; hubo clases desvalidas tan numerosas como miserables, que no reportaban ventajas de asociaciones, donde no tenían cabida, ni abrigaban esperanza de llegar jamás al rango de hombres libres e independientes.

Estas clases fueron las que ayudaron a los poderes de la Edad media a hacerse absolutos; como en la república romana habían convertido a sus tribunos en Emperadores. Las clases más numerosas prevalecieron en los tiempos de Luis XI y de Carlos V, como habían vencido en los días de César y Octavio, y casi a un mismo tiempo se vio la Europa cubierta de monarquías poderosas, que allanaron todas las eminencias individuales, y absorbieron en su omnipotencia la regularización de los intereses asociados.

Esta absorción no pudo llevarse a cabo sin resistencia; la resistencia produjo la reacción, y los nuevos Imperios, en la dilatación de su fuerza, y en la confianza de sus medios, aspiraron a ser tan omnímodos, como lo habían sido los antiguos.

Entonces empieza un período nuevo, y en el aspecto de esta lucha cambian de posición las falanges combatientes. La pretensión del poder político europeo, en la imitación absurda del antiguo Imperio latino, o de la aristocracia constantinopolitana, desconocía el carácter de una sociedad en que se habían inoculado principios nuevos, y no sabía que en la vida de las sociedades nunca los sucesos más análogos se reproducen con caracteres idénticos. El poder, una vez entronizado por las clases desvalidas, en contra de las eminentes, no sabiendo o no pudiendo satisfacer las esperanzas de la muchedumbre, hizo causa común con los que de primero le habían hecho mayor resistencia. El Monarca se hizo el caudillo de los privilegiados; y la sociedad no encontró la compensación de esta alianza en la administración de sus intereses. Más complicados y más desenvueltos que en la sociedad antigua los que el nuevo Imperio pretendió primero dirigir, y en breve confiscar, el súbdito a quien la acción del gobierno tocaba por más puntos del círculo de su existencia, recordó fácilmente, que a lo menos en las antiguas organizaciones, tenían participación en el gobierno todos los interesados.

Cuando la hora de la nueva reacción sonó, el poder político encontrose frente a frente con dos enemigos: el uno, pidiendo una igualdad social, que la monarquía, continuadora de los privilegios, no le había dado; el otro, reclamando una forma política, en la que ni el gobierno ejerciera su acción sobre todos los intereses, ni dejara de tener participación en la acción gubernativa la representación de los interesados.

Estas dos tendencias, estas dos necesidades podían producir dos revoluciones: la una, proponiendo la reforma de la ley política; la otra, atacando la constitución del estado social. Sin embargo, estas dos pretensiones se confundieron; la reacción se dirigió toda contra el poder. En la creencia de que del poder dimanaban todas las miserias de la sociedad, contra las miserias sociales no se proclamó más remedio que la limitación del gobierno. La limitación... ¿por quién?: -Por el individuo. Reforma social y reforma política se confundieron en un sólo principio, la santificación de la libertad individual, la emancipación de la actividad espontánea, así en el círculo del interés privado, como en la vasta esfera de la existencia pública.

De este principio nació, para la política el gobierno representativo; para la ciencia social, la teoría y exclusivo estudio de los intereses materiales, llamada *economía política*; para la moral, la santificación del interés y de la utilidad; para la legislación, la división indefinida de la propiedad, y el absolutismo del propietario; para la religión, el indiferentismo privado, y el olvido público; para la industria y el comercio, la concurrencia.

No calificamos estas consecuencias, no; ni pudiéramos hacerlo cuando son tan contradictorias entre sí. Las consignamos solamente, para hacer notar hasta dónde puede extenderse la dilatación de un principio. Las enumeramos sólo para afirmar que jamás el individualismo había llegado a tomar posesión tan completa de la existencia política y

social del hombre, de la vida material y moral del mundo, como en esta reacción extraordinaria.

IV

No estoy en el caso, Señores, de hacer ahora la crítica de las ideas, de los progresos, de las revoluciones. Estoy haciendo la historia de un principio.

De la reforma política sólo me cumple dejar aquí consignado que -después de ella, y a pesar de ella- la asociación política constitucional dejaba en la misma situación a aquellas clases, cuya emancipación se había anunciado con frases tan pomposas, y con esperanzas tan halagüeñas. Esta emancipación fue en verdad la emancipación del poder, la del vasallaje, la del trabajo forzado, la de la servidumbre territorial o personal; pero pocos años y poca experiencia habían de bastar para que se viera que esta emancipación política no era la emancipación de las tinieblas de la ignorancia, ni la emancipación contra los tormentos de la miseria.

Apenas había desaparecido del lenguaje legal, la palabra *esclavitud*, cuando la terminología filosófica se enriqueció con la palabra *pauperismo*. Apenas los códigos políticos habían sancionado que todos los ciudadanos tenían derechos, voto e intervención en el gobierno del Estado, cuando un sombrío y severo razonador se presentó a probar con espantosos guarismos, que las tres cuartas partes de la población no tenían derecho de sentarse a la mesa, ni de aspirar a las delicias de la paternidad y de la familia.

Y no era un socialista, Señores, el hombre que respondía a las apelaciones del liberalismo con un eco tan desconsolador y desesperado. No era un revolucionario; no era un concitador de las masas; no era tampoco un feroz y atrabiliario misántropo. Era un honradísimo ciudadano; era un modelo de piedad filial y de virtudes domésticas; un ministro de su culto; un súbdito sumiso de la ley y del gobierno de su Patria: era Malthus, en una palabra. Pero no hay que dudarle, Señores. Cuando sus labios se abrieron para fulminar tan espantosa sentencia contra la mitad del género humano, lo que anatematizaron sus labios, fue la doctrina liberal, fueron los principios del individualismo económico. Malthus, Señores, sin intentarlo, sin saberlo, sin sospecharlo siquiera, abre la lista de los *socialistas antisociales*, aunque haya venido después de otros. Sin la impresión profunda, que hicieron en el mundo filosófico las desapiadadas consecuencias de Malthus, Saint-Simon y Fourier no hubieran tenido escuela; ni hubieran venido en pos de ellos la estirpe socialista de nuestros días, que ha ido a buscar su remota genealogía a través de Babeuf hasta Giordano Bruno y Campanella.

Yo que no sigo en los individuos, sino en la sociedad, las vicisitudes históricas de este principio, debo hacer alto aquí, y antes de llegar a la última reacción de los espíritus; para hacer observar hasta dónde se extendió en todo lo que va de nuestro siglo la influencia del principio individualista, así en la vida privada, como en la gobernación pública; así en las instituciones políticas, como en las relaciones sociales.

Contra la miseria material, contra el crecimiento e intensidad del pauperismo, en favor de los adelantos positivos de la sociedad, en favor de la prosperidad pública y del desarrollo de la riqueza, la filosofía de nuestro siglo proclamó un sólo principio; la independencia absoluta de la actividad humana, el libre desarrollo del interés privado; la concurrencia industrial ilimitada; la libertad comercial sin trabas ni restricciones. Malthus proclamó la insuficiencia de estos principios, y la crítica acerba y exagerada de la situación social empezó con sus tristes deducciones.

No estoy en el caso yo, ni entra en mí el propósito, Señores, de trazar el cuadro de esta situación con tan negros y recargados colores. Harto se han exagerado en estos últimos días los resultados materiales del individualismo económico. Si yo los examinara desde el mismo punto de vista, no conocidas todavía mis propias doctrinas, pudiera darse a mis observaciones y a mis tendencias, una interpretación equivocada. Dejemos, pues, a los actuales críticos olvidar ahora, y casi echar de menos la condición del antiguo proletariado y de la antigua esclavitud.

Consignaremos solamente a este propósito dos observaciones. Primera: que cuando se hace la crítica de la sociedad en su presente organización material, se hace siempre comparándola, no con la condición de la humanidad en los anteriores períodos de su historia, sino con un ideal de prosperidad y bienandanza, de que no se ha dado todavía ejemplo en el mundo, ni aun en una localidad reducida. La otra es que el instinto, el hábito, la necesidad de los Gobiernos mismos, producto de esta situación, ha sido hasta nuestros días una resistencia más o menos dura, pero constante, a la preponderancia absoluta del individualismo económico. La libertad de comercio no ha destruido aún las aduanas: la agricultura no se ha emancipado de las leyes sobre el tráfico y precio de granos: la industria ha obtenido en todas partes reglamentos, que estatuyen sobre las condiciones y las horas del trabajo, y privilegios que garantizan la propiedad de los inventos: la navegación tiene una legislación especial y complicada sobre derechos y distinciones de bandera.

Los economistas claman que estas disposiciones son restos de barbarie, vestigios, raíces duras, y no arrancadas, de inveterados abusos. Los Gobiernos responden que la barbarie sería sacrificar al interés interpretado por el individuo, el interés de las poblaciones y de las masas, como el poder social debe representarle. En esta lucha, Señores, en que aún se puede decir *a i posteri l'ardua sentenza*, nosotros sólo debemos observar que los Gobiernos más liberales son todavía socialistas.

Pero donde se ofrece a nuestros ojos el espíritu individual con caracteres más tristes, es cuando le contemplamos en sus resultados morales.

Preguntad a las naciones más civilizadas, si la creencia religiosa tiene alguna aplicación práctica en sus leyes y en sus costumbres públicas. Preguntad a los hombres más generosos y bien nacidos, si les fortifica en sus reveses, o les alienta en sus esperanzas el sentimiento y la gratitud de la Patria. Preguntad a los filósofos más sinceros si confían en la eficacia de sus doctrinas. Demandad a los sabios más profundos, si no creen que mañana podrán estar derribados por tierra los sistemas científicos mejor asentados.

Penetrad en el seno de la familia, y veréis si esa asociación, tal como la reconoce o consiente el código civil de naciones muy cultas, es la familia cristiana, o la familia natural siquiera. Recorred las capitales populosas de Europa: mirad si hay hogar doméstico todavía: mirad si los hijos se sientan una vez al mes a la mesa del padre. Recorred los establecimientos de beneficencia, y decid si la filantropía administrativa os parece digna de una civilización moral y grandiosa. ¡Decid si hay en todo eso algún rayo de creencia, que alumbre el espíritu; algún punto de respiro para la esperanza; algún reposo para la conciencia; algún estímulo contra el desaliento; algún consuelo para el corazón desfallecido!...

Donde quiera, la más absoluta indiferencia; donde quiera, el cálculo más egoísta; donde quiera, la más desconsoladora anarquía: escepticismo estéril en el alma, contradicción múltiple en el entendimiento, misantrópico aislamiento en el interés. El hombre aherrojado en el eterno análisis de su existencia intelectual; Narciso muriendo de amor en la contemplación de su propia belleza, esa es la filosofía más elevada: la libertad individual, que para la mayoría de las masas, es el ocio y la miseria, ésta es la bandera política más generosa; el inmediato y positivo interés, que para los ociosos y miserables es el crimen, ésta la moral santificada!...

Hasta en el dominio del arte, Señores; hasta en el campo de las letras se ha extinguido aquel calor vivificante con que las anima un fin colectivo y social, único que crea las obras portentosas e inmortales. Inspiradas hoy por un interés individualista, perecen con el día que las ve nacer, y no tienen otra importancia que el momentáneo placer, o la necesidad material que satisfacen. ¡La arquitectura no edifica más que casas; el pincel pinta retratos; el escultor hace bustos; el historiador escribe Memorias; el literato, novelas; la poesía lírica entona endechas de estériles y ridículos dolores!...

¡Oh Señores! Esto no es insignificante, ni indiferente, no. Las bellas artes revelan el espíritu de la sociedad, como las flores el temple de la atmósfera en que brotan. El espíritu actual es el calor de una estufa; y el arte, que bajo la inspiración social, fue el idealismo, y en una época más materialista, era, a lo menos, la imitación de la naturaleza, ahora no es más que la copia, la sombra, la negra, descarnada silueta de la personalidad humana: a veces su espantosa caricatura, a veces... lo ideal, lo horrible de lo solitario, de lo pequeño, de lo aislado, de lo cínico: ese trabajo de microscopio solar, que concentra la luz sobre un pequeñísimo insecto, para darle, ante la espantada vista, las proporciones de un desemejado monstruo!

V

Desconsolador es este espectáculo, Señores; demasiado anómala y violenta esta situación, para que pueda ser duradera.

En el mundo físico la reacción es igual a la acción; pero en los seres orgánicos, individuales o colectivos, no habría crecimiento ni progreso, si la reacción vital de una

crisis no fuera superior a la fuerza que la produce. Los principios sociales, los principios necesarios para la conservación del orden moral, no perecen jamás. Son como caudillos tenaces y perseverantes, que aunque vean en derrota su hueste, buscan una guarida de donde salir a campaña con mayor brío.

El principio de la asociación moral, que no pudo desaparecer en el caos de los siglos bárbaros, no desaparecerá en una civilización más adelantada. Entonces creó las órdenes religiosas y las de caballería; ahora no dejará de haberse buscado un refugio, donde quiera que le hayan dado un asilo. No hay ahora, es verdad, ese fervor de la fe que hace milagros: cayó entre el polvo de las almenas feudales el blasón de los caballeros. Pero ¿no hay ahora mismo, en medio de nosotros, algunas asociaciones poderosas, agrupadas en derredor de un principio, de una idea, de un sentimiento, de una esperanza, a veces de una ilusión? ¿No se levanta alguna vez del seno de esas asociaciones, en que la individualidad se inmola, una protesta contra el egoísmo universal? Sí, Señores; fuerza es reconocerlo y confesarlo, por más que después tengamos que anunciaros otro más triste descubrimiento. ¿Sabéis lo que son, sabéis cómo se llaman las únicas asociaciones, que quedan en nuestros días con fuerza y poder colectivo?... Se llaman *partidos*, Señores.

No hay que asustarse de este nombre, por más que se le haya profanado o prostituido. En esos partidos que dividen, y conmueven a todas las naciones; en esas banderías, que luchan con tanto encarnizamiento, y que a veces se destrozan con tanta barbarie, es donde se ha refugiado el principio social, para decir al mundo, que vive.

Sí, Señores; en medio del egoísmo que nos rodea, sólo los partidos, a lo menos en cierto sentido, no son egoístas. Sólo en ellos es donde se ve que el hombre abdique su interés, a veces su personalidad; sólo en ellos hay perseverancia, unidad de acción y de fuerza; sólo en ellos se sufre con resignación la desgracia, y sin infamia el vituperio. Debajo de esas banderas, que a veces sólo llevan escrita una abstracción fantástica, o la modificación de un principio; a veces un error lastimoso; es donde hay todavía héroes, donde hay mártires, donde se dibujan todavía aquellos rasgos de dignidad y grandeza, sello y distintivo de la noble raza humana. Del seno de esos partidos, Señores, nace mucho mal; pero no es menos cierto que en sus entrañas se atesora el principio del bien.

Los partidos, es verdad, tienen fuerza para destruir y demoler; pero decidme, Señores: ¿dónde está, fuera de ellos, la fuerza de conservar y la de construir? ¿Dónde estarían hoy el orden social que aún queda, y las libertades, y los poderes públicos, y los tronos mismos, y las más encumbradas legitimidades, si los partidos no las sostuvieran?... El ejemplo que cualquiera partido nos presenta, de cómo es posible conciliar la sumisión con la libertad, la espontaneidad del albedrío con una obligación de honra y conciencia, es un ejemplo consolador, Señores; porque encierra un germen fecundo de esperanza. Es un espectáculo muy halagüeño el que ofrecen millones de hombres ligados por un principio, y gobernados por una idea, toda vez que no deba ser esperanza quimérica, quejo que se llama partido, no pueda llamarse *Nación*.

El bien de la sociedad no se cifra en aniquilar a los partidos; y es una quimera creer que hayan de extinguirse. Lo que importa es regenerarlos. Lo que importa es darles por

banderas principios fecundos, principios morales, principios capaces de organizar la sociedad en derredor de su doctrina y de su esperanza. Lo que importa, sobre todo, es demostrarles que esa organización puede formarla un principio, pero nunca un interés.

No, Señores. Dios no ha permitido nunca que se vieran ejemplos de las virtudes y de la organización que hemos citado, ni en una asociación de industria, ni en una sociedad de placer... ¿Sabéis, sí, lo que ha permitido Dios a veces? Que entre un principio materialista legítimo, inocente, y entre un sentimiento falso o extraviado, la materia no haya podido resistir la fuerza de las ideas, como no resisten miles de arrobas de piedra una corriente imponderable de electricidad.

Dios permitió que un día de espantoso cataclismo, el interés de millones de individuos, representado por acciones de Banco y por títulos del cuatro por ciento, quedase inmóvil, paralizado, impotente e inerte ante una turba fanática y entusiasta, que no tenía otro bien que un harapo colorado, en que se leían estas palabras, tal vez enigmáticas: *¡República!*
¡Democracia!!...

Señores: la lección fue elocuente: como de quien la daba. -¡Que no sea perdida!...

Pero no, no temáis a esa bandera. También el soplo del individualismo pasó sobre ella; también el materialismo con su contacto le ha robado toda su electricidad. Era peligrosa, mientras resplandecían en ella esos nombres mágicos; fue irresistible el empuje de los partidos que la tremolaron, cuando esos nombres eran, al decir de sus contrarios, frases vacías o supersticiosos conjuros. Pero ya no. En el oriflama de ese radicalismo, de ese socialismo, de esa democracia social ¿sabéis qué nombres se han escrito, qué ideas societarias se han proclamado?... ¡ORO, FORTUNA, GANANCIA, RIQUEZA, PLACER! -¡Están perdidos!

Pero el tiempo ha pasado, y la índole y análisis de este pretendido socialismo individual y materialista, pide algo más que una declamación: le consagraremos la sesión siguiente.